



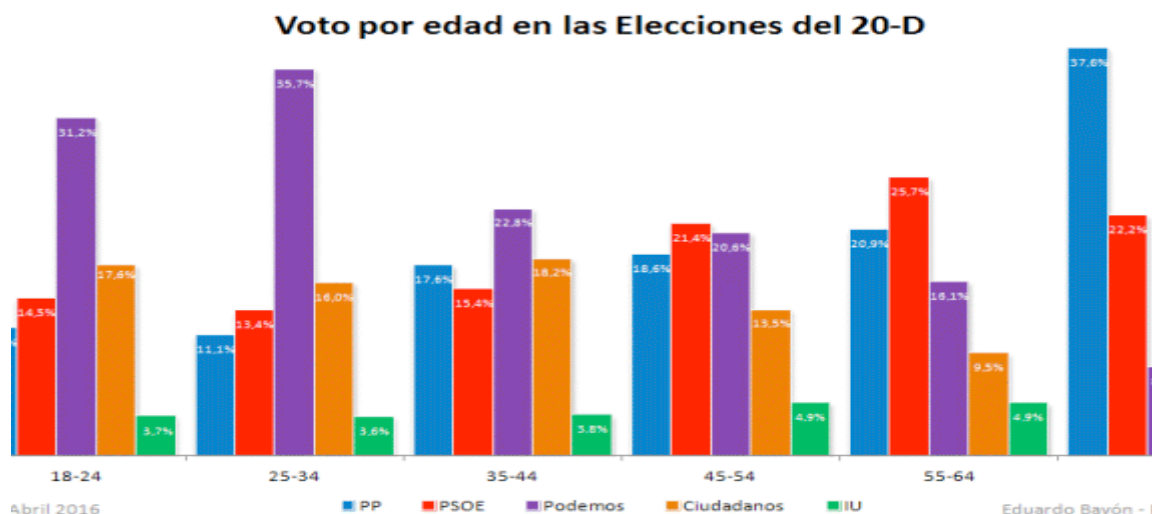
La fractura generacional

Aristóteles versus Churchill

La crisis económica abierta por la infinita ambición de dinero y poder del gran capital y sus intereses ha agravado de forma alarmante diversas brechas en la sociedad, la brecha de la desigualdad, de la falta de oportunidades, la territorial, aunque la brecha más espectacular, es tal vez, la generacional.

En España los jóvenes son, sin parangón con otras generaciones, los que más han sufrido los estragos de la recesión, el paro, la precariedad y la contracción salarial. De ahí que, según un estudio de MyWord de 2015, 6 de cada 10 jóvenes creen que en el futuro tendrán una situación económica peor que la de sus padres. En España la quiebra del bipartidismo no se habría desencadenado de no ser por los jóvenes, quienes mayoritariamente optan por Podemos, ahora Unidos Podemos. Y, aunque el partido emergente logra considerables apoyos en los grupos de edad que van hasta los 55 años según el CIS (encuesta presencial) y hasta los 65 años según MyWord (encuesta online), lo cierto es que son los jóvenes de entre 18 y 34 años los que se muestran más partidarios de la coalición que lidera Pablo Iglesias.

Esta realidad no hace sino confirmar la fractura generacional. Entre los menores de 35 años, la intención de voto de Unidos Podemos triplica a la de PP y PSOE, y aprecia asimismo que entre los mayores de 55 años, más de la mitad del censo y los que más votan, el 60% son potenciales votantes del PP y el 55% del PSOE. En el caso de los mayores de 65 el voto al PP es masivo.



Los jóvenes sienten que PP y PSOE, los partidos que han gobernado hasta ahora, han fracasado a la hora de evitar el incremento de la desigualdad, de proteger a los

más desfavorecidos, de evitar los abusos. Los jóvenes han sido los que más han padecido sus políticas de hacer pagar la crisis a la mayoría de la población, respetando los intereses de la minoría mejor situada económicamente.

Existe un sentimiento unánime de insatisfacción con quienes han mandado hasta ahora, con cómo lo han hecho y cómo lo hacen. Aunque los ciudadanos de mayor edad, se consideren de izquierdas o de derechas, siguen votando a los partidos tradicionales mayoritariamente. No han visto su vida demasiado alterada como consecuencia de la crisis y sus expectativas no se han visto defraudadas, por lo que votan a los de siempre.

La pregunta que debemos hacernos según Belén Barreiro, socióloga, fundadora y directora de MyWord y expresidenta del CIS, no es qué les pasa a los jóvenes, sino más bien qué se les ha hecho (o qué les hemos hecho) a los jóvenes. Y la respuesta parece clara: a muchos se les ha privado de las oportunidades que debían haber tenido, situándolos en los márgenes, incluso excluyéndolos. A la vez, la revolución tecnológica les ha dotado de herramientas para compartir frustraciones, así como para definir nuevas identidades. Los jóvenes han emprendido un proceso de diferenciación forzado y lo están haciendo de forma colectiva, esto es, como generación.

Según fuentes de Metroscopia, el porcentaje de los mayores de 65 años sobre el total de la población electoral no para de crecer. Los votantes mayores de 65 suman algo más de 8,5 millones, de los cuales 4,9 son mujeres y 3,6 hombres. Tanto su nivel de movilización como su decisión de voto se sitúan muy por encima de la media.

Las dos Españas generacionales, jóvenes frente a mayores, lo son, también, ideológicamente: si los jóvenes se sitúan a la izquierda (4,3 en una escala ideológica de 0 a 10, en la que el 0 es extrema izquierda y 10 extrema derecha), los mayores lo hacen a la derecha (5,3), a unas décimas de la media nacional (4,7).

La fortaleza del PP entre los mayores es incuestionable: en torno a la mitad del voto de estos tendrá al PP como destinatario, lo que supone que en torno a la mitad del voto popular serán mayores de 65 años. Llevan toda la vida votando al PP y eso hace muy difícil que cambien de voto, hacerlo a esa edad -aunque la verdad, también a otras- tiene unos costos emocionales grandes.

Por tanto, si Unidos Podemos es, sin discusión, el partido de los jóvenes, el PP es el partido de los mayores, lo que podría ser definitivo para que obtenga la victoria el 26-J. Esto tiene como consecuencia que la generación con menos futuro (en relación a su edad), puede condicionar el futuro de las nuevas generaciones. A ellos les tocará vivir con una situación con la que están mayoritariamente en contra. “En Gran Bretaña, escribe Felipe Gonzalez, los jóvenes han votado por su futuro en Europa y han perdido. Han perdido por la decisión de los mayores. Gran paradoja interna: El futuro lo deciden los que no lo tienen”. Mayor paradoja es reconocer esa realidad en Gran Bretaña y callarla en su propio país, por lo que todos sabemos.

Aristóteles versus Churchill

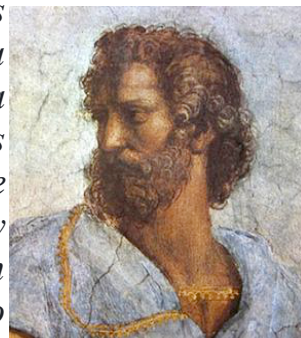
Con la que ha caído en estos años de gobierno del PP son muchos los que perplejos se preguntan por los motivos que llevan a los mayores a seguirles votando de forma

mayoritaria.

Me voy a permitir ilustrar algunos de estos posibles motivos con un pasaje un poco largo de Aristóteles que, pese a los siglos transcurridos, no ha perdido actualidad y ofrece algunas pistas a los desconcertados.

En la Retórica, Aristóteles, mira cómo los jóvenes tienen virtudes de carácter que los protegen de los golpes de la suerte. Haciendo un paralelo entre el modo de ser de jóvenes y viejos, resalta cómo, con el paso de los años, los sujetos pueden estar más expuestos al cambio del carácter, hasta el punto de afectarse las virtudes adquiridas:

“Por haber vivido largos años y haber sido engañados muchas veces y haber cometido numerosos errores, y porque tienen la experiencia de que la mayoría de las cosas van mal, en nada insisten confiadamente, sino que actúan siempre con menos empeño del debido. Creen, pero nunca saben; tienen presente ambos lados de una cuestión y siempre añaden quizá y probablemente; todo lo dicen así, y nada en firme. Y son malignos (kakoétheis); porque maligno es suponer en todo lo peor. Además son excesivamente recelosos por su desconfianza (apustía) y desconfiados a causa de su experiencia. Y, por estas razones, no aman ni odian intensamente, sino que, como en el precepto de Bias, aman como si fueran a odiar mañana, y odian como si fueran a amar un mañana. Y son pequeños de espíritu (micropsyché), porque han sido humillados en la vida: pues no desean nada grande o excelente, sino sólo lo que está en proporción con la vida. También son mezquinos. Porque la propiedad es una cosa necesaria; y por experiencia saben lo difícil que es conseguirla, y lo fácilmente que se pierde. Y son cobardes y sienten miedo de todo, porque, a este respecto, su carácter es opuesto al de los jóvenes. Porqué son fríos y los jóvenes, calientes; de modo que la vejez prepara el camino para la cobardía, porque también el miedo es una especie de enfriamiento... Y son más egoístas de lo debido; porque también esto es una suerte de pequeñez del espíritu. Y viven más de lo debido para lo conveniente que para lo noble, porque son egoístas. Porque la conveniencia es bien para uno mismo. Lo noble lo es en sí mismo... Y también los ancianos sienten compasión, pero no por la misma razón que los jóvenes: porque el joven lo siente por amor a la humanidad, y el anciano, por debilidad, porque todo sufrimiento lo ve como algo que le espera, y esto inspira compasión. Por esa razón son quejosos y no tiene simpatía ni disfrutan con la risa”.
(Aristóteles retórica 1389b13-1390a)



Este cambio de carácter de los jóvenes con el paso de los años, en política, no se suele explicar habitualmente recurriendo a la riqueza de matices del pensamiento del filósofo estagirita, sino a la manida frase que se atribuye a Winston Churchill: “Si a los 20 años no eres de izquierda, no tienes corazón. Si a los 40 años no eres de derechas, no tienes cerebro”.

Dejando a un lado tanto la clara intencionalidad política de tratar de justificar y dar por bueno el comportamiento conservador de los mayores y, de paso, del que lo cita, así como la falsa visión dicotómica entre cuerpo y mente, razón (cabeza) y emoción (corazón) que contiene dicha frase, no deja de expresar una verdad como es la de que el paso de los años hace a la gente más conservadora, menos curiosa, temerosa de perder su seguridad económica, menos osada y dispuesta a correr riesgos, en definitiva, más favorable a dejar las cosas como están.

Las fuerzas tradicionales conocen bien esta psicología y se basan en ella para impedir que las cosas cambien o si lo hacen que sea al modo y manera que a ellas les interesa. No por casualidad la estrategia del miedo ha sido el recurso emotivo central que las dos fuerzas tradicionales han utilizado frente a quienes consideraban su adversario y mayor competidor electoral, esto es, la principal fuerza entre los jóvenes.

Es un hecho que hemos llegado a una situación en que la mayoría de la población tiene menos miedo al cambio que a la falta de cambio, ahora bien, también es cierto que la posibilidad de un cambio radical, que vaya a la raíz de los problemas, y busque verdaderas soluciones asusta a no poca gente, incluso a algunos de los que podrían apoyarlo.

Es mucha la gente que está harta, que quiere un nuevo tiempo que sane la política y las instituciones de este país. Pero no poca de ella quiere también garantías de que ese cambio no va a terminar en desastre. Como escribió en su día Nicolas Maquiavelo refiriéndose al cambio político: “No hay nada más difícil de emprender, más peligroso de llevar a cabo y con menos garantías de éxito, que la introducción de un nuevo orden de cosas (...) La gente teme y desconfía de la persona que promueve el cambio y no cree en nuevas ideas hasta que no tiene una larga experiencia con ellas”.

Frente a tales temores paralizantes vivimos una situación socio-política en la que no creo como Aristóteles que para obtener estabilidad sea lo mejor evitar las nobles causas y los proyectos ambiciosos. A las virtudes tan queridas por el filósofo estagirita de la prudencia, la generosidad, la honestidad, el coraje cívico y político, habría que añadir, en estos momentos de fuertes resistencias a los cambios que la mayoría de la sociedad demanda y espera, la osadía de la que habla Virgilio en la Eneida: «Audentes fortuna iuvat» (“La fortuna sonrío a los osados”)

25-06-16

(publicado en <http://www.pensamientocritico.org/kepbil0716.pdf>)

